

Un libro sin éxito editorial

Ya han pasado dos años desde que escribí un libro sin éxito editorial, es decir, sin alcanzar un puñado de ediciones como otros. Se trata del que lleva el título: “Doble drama: humanizar los rostros de la pederastia”. Lo escribí con Marta Villacieros y quería poner sobre la mesa una dimensión raramente observada del drama de los abusos sexuales a menores: las víctimas invisibles, los familiares tanto de la persona abusada como los del abusador. Un conjunto de personas a las que mirar y ver, si uno quiere contribuir a prevenir y a cuidar a los afectados por este drama de múltiples caras.

Mientras escribía aquel libro, tuve una llamada inesperada. Lo contaba en la introducción. Una mujer, madre de dos jóvenes víctimas de abusos, me pedía ayuda para el victimario, para que no hiciera más daño a otros. Aquella secuencia de sucesos que se siguieron, me permitieron darme más cuenta de la complejidad de esta forma de mal: pude descubrir “rostros escondidos”, víctimas innombradas. Pude hacerme un poco más cargo de la envergadura de sufrimiento que hay detrás de los abusos.

Víctimas de la escasa atención

Un libro poco vendido. Eso es “Doble drama”. La atención que queremos prestar al tema de la pederastia (otra cosa es la pedofilia como tipo de parafilia, trastorno contemplado en la clasificación del DSM V), es reducida. Tendemos mayoritariamente a quedarnos con las informaciones mediáticas. La reciente película, premiada con Óscar, Spotlight, revela las dramáticas consecuencias de la complicidad institucional si se camina por la vía del encubrimiento. Hoy nos apuntamos todos a la “tolerancia cero”, con la que en realidad, ahorramos la palabra “intolerancia”, que sería la que podríamos adoptar para describir realmente nuestra actitud ante este drama.

Pero la atención es también limitada por el hecho de que son demasiadas las víctimas. Tantas, que hasta eso puede reducir el número de interesados por comprender el fenómeno. Las víctimas en España se cuentan por más del 20% en niñas y más del 16% en niños. Siempre demasiado. Muchas víctimas no quieren remover su vida pasada ni siquiera leyendo sobre el tema. Ni hablando. El silencio protege y hace fuerte. La vergüenza sería muy grande.

La escasa atención al tema no ayuda. Genera un silencio que puede ser cómplice de dinámicos que permitan que el drama siga vivo y las víctimas no sean atendidas convenientemente. Los abordajes mediáticos y judiciales son necesarios, pero insuficientes. Hay una restauración que hacer en quien ha sufrido tanto. Son muchos los hilos de la confianza en los demás que se rompen. Son sobre todo vínculos significativos los que hacen que el drama sea tal.

Las investigaciones empezaron ya a mediados del siglo pasado, pero no se prestó la necesaria atención ni a las cifras ni a los daños sobre las víctimas. Estamos aprendiéndolo. También estamos aprendiendo que no escuchar a las víctimas puede ser una complicidad con el futuro: los victimarios fueron víctimas en el pasado en una gran medida.

Otras víctimas ignoradas

Esta fue una de mis intuiciones o hallazgos, que quise socializar con el libro “Doble drama”. En la cárcel, donde pude entrevistar a unos cuantos victimarios, descubrí que habría otro conjunto de personas sufrientes que yo no tenía en mi mente: las esposas, los hijos, los padres, los amigos... del que ha abusado. También son víctimas de un drama. Descubrir que el marido, o el padre o el hermano o el hijo... ha abusado de menores, es un drama.

El drama de los familiares del victimario es menos conocido. Más aún, obviamente, el rechazo que esta conducta produce, hace que haya menos interés por esta forma de sufrimiento presente en los familiares del victimario que, en ocasiones, ha sido identificado y está en la cárcel. En otras, no. Está en proceso, denunciado, o no. Hasta puede ser vivido como de mal gusto el hecho de invocar la atención a esta otra cara, esta otra forma de sufrimiento real. Yo lo descubrí en la cárcel y sus alrededores.

Un capítulo pendiente

La envergadura del drama de los abusos sexuales está reclamando una mirada humanizadora. Echo en falta lo que en aquella ocasión en que escribí, sí estaba presente: un capítulo sobre la esperanza para cada persona. No basta con la lamentación y la denuncia.

Hay esperanza. Para todos. Para unos y otros, para un tipo de víctimas y para otros. Hay posibilidades de rehabilitación, posibilidades resilientes, de crecimiento personal con ocasión de haber sido víctima. Pero también veo que puede haber esperanzas para la colectividad, esperanza para la sociedad.

Hemos de aprender algo de esta oleada de empeño por desvelar el drama. Porque como drama, ha existido siempre. Como empeño por desvelarlo, no. Estamos en buen momento. Es un momento de transparencia, de intolerancia del sufrimiento evitable y de intolerancia de los dinamismos encubridores que pueden favorecer la persistencia de males evitables.

¿Y cuál es el contenido de la esperanza? Pues para mí, la esperanza se llama justicia, sí. Pero también tiene nombre de perdón. También de sanación y de integración social de unos y otros. Por eso me parece que lemas como “tolerancia cero”, cumplen una función transitoria. Se quedan pequeños. Hemos de caminar más. ¡Qué bien que estemos hablando también de resiliencia! ¡Qué bien que haya programas terapéuticos para víctimas y victimarios! Son insuficientes.

Una educación emocional adecuada, una alfabetización sexual, un desarrollo ético colectivo educando en valores y socializando experiencias exitosas, se hacen cada vez más necesarios. Yo confío en el pequeño boom de la inteligencia emocional. Pero es pequeño. Es necesario también promover formación en relación de ayuda y counselling para profesionales de la salud y de la educación.

Haber superado el tabú de la sexualidad no garantiza una adecuada formación que ayude a integrarla como parte de la vida. Haber dado el paso de romper con el silencio y denunciar toda forma de mal relacionado con los abusos, es un gran paso. Pero es insuficiente. Empieza a haber acciones formativas que miran a la prevención de los abusos, pero son insuficientes. Hemos de superar la resistencia a hablar del tema más allá

de esa forma mediática que impone un cierto sensacionalismo por la vía de la repugnancia de la conducta. No tolerar los abusos no se agota con decirlo.

Después del Óscar de Spotlight, yo espero una película sobre experiencias exitosas de rehabilitación de unos y otros. ¡Una buena noticia, por Dios! Necesitamos desvelar el potencial sanante que algunas personas tienen si cuentan éxitos sin remover innecesariamente el drama. El equilibrio es difícil. El desafío muy hermoso.

Escribí un libro titulado “Doble drama: humanizar los rostros de la pederastia”. Lo considero actual. Socializaba no solo la mirada sobre las múltiples aristas y colores del fenómeno, sino que también ponía voz a los diferentes protagonistas. Desde la calle, desde la cárcel, el silencio de unos y otros es peor. Yo... aún espero vender libros.

José Carlos Bermejo